

El R. P. Luis Javier España

In Memoriam



Hacia fines del año 1875, bajo la administración del General don Tomás Guardia, llegaron a Cartago a hacerse cargo del Colegio de San Luis Gonzaga, no sin haber tenido que vencer antes serias dificultades, que se opusieron para su entrada al país, cuatro padres de la Compañía de Jesús, de los que pocos años antes habían sido expulsados de Guatemala. Jefe de ellos era un sacerdote de mediana estatura, oriundo de Quezaltenango, como de 39 años de edad, de franca y agradable fisonomía, bastante pálido y de modales irreprochables, que hacían sospechar en él un origen distinguido o un hombre de mundo, de refinada cultura: era el popular y notable padre Luis Javier España, que venía precedido de justa fama como varón virtuoso, hombre de ciencia, organizador experto y educacionista de gran talla.

Pronto la sociedad de Cartago, en donde se relacionó en seguida con las personas más conspicuas sin tomar para nada en cuenta la oposición o diversidad de ideas, pudo apreciar de cerca los méritos de aquel religioso, que en todas partes se hacía admirar y querer, por la elevación y entusiasmo piadoso con que desempeñaba las múltiples y delicadas funciones de su ministerio, por su corazón bondadoso y altamente caritativo, por la manera como estimulaba la educación de la juventud, por su diplomática discreción y sagacidad en el trato íntimo, por su afán emprendedor en bien del ornato público, y por su vasto saber manifestado elocuentemente en el púlpito, en la cátedra, y en la prensa, baluarte desde donde nunca cesó de predicar el Evangelio, de morigerar a los pueblos, de combatir la ingratitude, la irritante soberbia, la presuntuosa arrogancia, y el vicio en general; de enseñar

a los menesterosos a ser sufridos y a los mimados de la fortuna a ser benéficos y humanitarios, de advertir a la juventud que el mérito legítimo no necesita deprimir el ajeno para brillar, y de mantener siempre en alto, con su propio ejemplo, encendida la antorcha de la ciencia y la virtud, líneas paralelas, como dijo Picatoste, que sólo se diferencian en que la primera sale del hombre para terminar en Dios, y la segunda, parte de Dios para terminar en el hombre.

Por espacio de cinco años desempeñó el difícil cargo de Rector del Colegio, y los cuatro restantes el de profesor de letras. Durante ese tiempo de activa y fecunda laboriosidad, hizo grandes reformas para la comodidad interior del edificio, adquirió a subido precio una propiedad vecina, para construir una elegante casa, que hoy sirve de escuela de varones y de teatro municipal, montó un magnífico gabinete y laboratorio de Ciencias Naturales, fundó una escogida biblioteca, e introdujo valiosos elementos para el cultivo de la Música, del Dibujo y la Pintura, cosas todas que fueron conocidas por más de quinientos discípulos nacionales y extranjeros, de los cuales hoy figuran muchos ventajosamente en todas las escalas sociales, desde el agricultor al médico, desde el artesano al abogado, desde el maestro al sacerdote, y desde el comerciante al ingeniero.

Pedagogo de elevados alcances, por sus relaciones intelectuales, por su sed investigadora, como por los recursos de que dispone la comunidad a que pertenecía, estaba siempre al tanto de los últimos adelantos científicos, y por lo mismo no es de extrañar que muchas de las cosas que hoy se tienen aquí como nuevas en materia de enseñanza, él se hubiese anticipado ya a ponerlas en práctica o a ensayarlas por lo menos en las aulas del Colegio, con los mejores resultados. No podían entonces los buenos estudiantes quejarse de ver defraudadas sus esperanzas por su extrema pobreza, porque cuando el Rector se veía imposibilitado para crear una beca más, les auxiliaba al menos con los libros o les facilitaba privadamente los medios de ganarse decorosa y honradamente la subsistencia. Y no se crea que tal espíritu de liberalidad se contenía dentro de los límites descritos, pues por espacio de nueve años, multitud de pordioseros, ancianos, mujeres y niños, acudían a la portería del Colegio a recibir de manos de un lego, su ración cotidiana, mientras muchas otras personas, que por las exigencias sociales, no podían aceptar la limosna pública, recibían por manos de algún intermediario, el caritativo socorro, sin sonrojo ni humillaciones.

Como para hacer más imperecedero el recuerdo de su estada en Costa Rica, se propuso el Padre España dotar a Cartago, de dos edificios góticos, los primeros de ese estilo que se levantan en el país: el templo de San Nicolás y la capilla del Corazón de Jesús, construídos con las ofrendas del pueblo, bajo la dirección artística del eminente sabio y arquitecto, Padre Santiago Páramo, en menos de siete años. Allí se le veía, siempre que lo dejaban libre las demás ocupaciones, confundido con los obreros, animándolos con su persuasiva palabra, participando de su buen humor, e instruyéndolos con ejemplos y anécdotas morales.

Acariciaba el proyecto de continuar los trabajos de la Parroquia, que para vergüenza pública ahí están paralizados todavía, hace más de veinte años, cuando

el memorable decreto de 18 de julio de 1884 lo arrojó de su celda en unión de sus compañeros, que no volvieron desde entonces a pisar las playas centro-americanas.

Proscrito de nuestro suelo se dirigió a la América del Norte, en donde permaneció algún tiempo, atesorando observaciones útiles, publicando datos históricos y refrescando los ardores y fatigas del destierro, con las brisas de la libertad de una nación grande y progresista. De allí se trasladó a Colombia, en donde residió por más de 17 años, consagrado a su faena sacerdotal y al profesorado, sin dejar por ello de ejercitar la docta pluma tanto en prosa como en verso. Cuando le creíamos, ya anciano de 65 años, extenuado por una vida de trabajo rudo, de austeridad y sacrificio, descansando en alguna Casa Madre, o dando libre vuelo a su inspiración por las praderas de la égloga, rodeado de atenciones y cuidados, he aquí que la prensa de Panamá, viene a sorprendernos hace pocos días, con esta lacónica información: "El Reverendo Padre don Luis J. España, miembro distinguido de la Compañía de Jesús, por su ilustración y virtudes, falleció últimamente en el departamento de Cundinamarca. Abnegado y piadoso en cuanto se puede serlo, el Padre España se ocupaba en dar los últimos auxilios á los que caían heridos por las balas revolucionarias, cuando una de ellas cortó el hilo de su existencia."

Es de suponerse la consternación que tan infausta nueva produjera en el seno de esta sociedad, que conserva con merecida estimación el recuerdo de los beneficios que recibió de aquel ilustre sacerdote. Bien decía Chateaubriand, que cuando Dios señala su misión al hombre sobre la tierra, se reserva para sí el cuidado de dirigirlo.

Deploremos aquella lucha desastrosa, que tantas víctimas ha ocasionado y sigue ocasionando, y mientras tanto guardemos con nuestra veneración y gratitud los aplausos y los himnos triunfales para el maestro cariñoso, para el abnegado misionero, que inflamado por apostólico celo y dotado de singular energía, ha sucumbido en pleno campo de batalla, teniendo por lecho la ensangrentada yerba, por abrigo la inmensidad de lo azul, por arrullo el estruendo de las armas y los ayes de los moribundos, y por consuelo supremo el Crucifijo, al cual murió abrazado con la grandeza de un héroe y la resignación augusta del mártir.

Tan luego como la prensa de esta localidad hubo confirmado la noticia del fallecimiento del Padre España, la sociedad de Señoras de San Vicente de Paúl, dispuso tributar á su memoria solemnes honores fúnebres, para lo cual recogió una contribución que ofrecieron gustosos los principales vecinos de Cartago.

Hechos los preparativos necesarios, el 7 del corriente circuló la siguiente invitación:

"EL R. P. DON LUIS J. ESPAÑA, S. J.

ha muerto en el "Alto de la Cruz" (Colombia) el día 10 de diciembre próximo pasado, víctima de su celo apostólico y después de una vida de abnegación como maestro de la juventud y predicador del Evangelio que le conquistó el cariño y la veneración de cuantos le conocieron.

La sociedad de Cartago, en la que los recuerdos de esa vida se han perpetuado, especialmente por la obra moral de la educación y por la material del primoroso templo de San Nicolás, celebrará en éste a las 9 a. m. del corriente, una Misa de Requiem, en descanso de su alma y en honra á su memoria.

Se invita á Ud. á concurrir á este homenaje póstumo de gratitud y piedad."

A pesar de que la mayoría de nuestras familias se encuentran ahora en el campo, á la hora señalada ocupaban el presbiterio, presididos por el señor cura don Juan de Dios Trejos, celebrante de la misa, el clero regular de la ciudad, los misioneros capuchinos, varios padres paulinos y estudiantes del Seminario, en tanto que numerosa concurrencia, representante de todas las clases sociales llenaban el resto del templo. Aquella peregrina joya de agujas y ojivas dirigidas al cielo como inefable aspiración del alma que tan risueña se ostenta en los días de regocijo, dando paso franco por los polícromos rosetones y los erizados ajimeces, á la luz que juguetea sobre los diseños del mosaico, sobre los altares resplandecientes y sobre la sagrada orfebrería, presentaba entonces un aspecto de funeral majestad, sombreada por ondas de luto que se enlazaban en plateados emblemas, bajo un marco de guirnaldas.

Enfrente del púlpito. La amarillenta luz de los cirios hacía destacarse del fondo oscuro, un sencillo pero artístico catafalco, hecho expresamente para aquella solemnidad. Rompiendo la simetría de las gradas del primer cuerpo, hermosísimas coronas tejidas con exquisita delicadeza, halagaban la vista con su relieve de azucenas, rosas y lirios. El segundo cuerpo lo formaba un severo túmulo de blanco y negro con ornamentaciones de oro y plata del gusto más esmerado, trabajadas por manos femeniles. Dos palmas cruzadas sobre el ángulo superior de la parte delantera servían de apoyo á un parecido retrato del Padre, hecho en corto tiempo á crayón por el artista don Juan Cumplido, y sobre el retrato una linda corona de simbólico laurel, de la que pendía negro crespón con fleco de oro, remataba gallardamente el conjunto.

El tañido de las campanas anunció la hora de principiar el imponente oficio de difuntos, entonado por robusto coro de eclesiásticos y seglares y cuyas notas parece que fueran un grito de dolor, lanzado desde ultratumba. Al cantar la primera lección el padre italiano don Domingo Borrascchi, con voz de tenor, vibrante y meliflua, sugestionó al auditorio que, por vez primera, oía en aquel recinto un admirable trozo de música, figurada sobre el mismo tema del canto llano hecho con maestría y sentimiento. No menor impresión causó el padre alemán don Pedro Ziskoven, profesor del Seminario, cuando en la segunda lección hizo resonar las maravillas del legítimo canto gregoriano, que por su apacible grandiosidad y tristeza, no se puede oír sin religioso pavor.

Con auxilio de los mejores cantores de la ciudad y acompañamiento de nutrida orquesta, se ejecutó bajo la dirección del maestro don José Campabadal, una misa suya llena de inspirados pasajes, entre los cuales descuella la tremenda elegía del fraile franciscano, el Dies Irae. Antiguo amigo del Padre, El Sr. Campabadal había ofrecido gratuitamente sus servicios y contribuyó con su batuta á dar brillo á aquel concierto de voces que subyugaba el ánimo con la gran sinfonía del dolor y de la fe.

A continuación de la misa, subió al púlpito un discípulo del difunto maestro, el Pbro don José J. Calderón, cura de San Pedro, que en elocuente oración fúnebre, desbordante de unción y gratitud, de justicieros elogios y de sinceras lamentaciones, recorrió con mano hábil el velo que ocultaba interesantes episodios de la vida de aquel soldado de Cristo, considerándolo como un mártir de su cristiana y humanitaria vocación, que ya no se pertenecía a una patria determinada, pero que en cualquier parte donde hubiera caído como cayó, la fama habría repetido: *¡Dulce et decorum est pro patria mori!*, mientras el genio de la Religión no habría cesado de exclamar: ¡Benditos los que mueren en el Señor!

El minorista don José M^a Solano leyó en seguida, con apropiada entonación, al pie del catafalco, una hermosa poesía del Pbro. don Juan Garita, dedicada á la memoria del que fué su protector y maestro.

Un solemne responso puso término á las religiosas exequias con que la sociedad de Cartago, haciendo revivir sus tradiciones de lealtad y nobleza, quiso mostrar una vez más que si escatima su aplauso á los héroes teatrales, hambrientos de vanagloria y enfermos de celos y ambición, en cambio se apresura a verter sobre la memoria de sus benefactores el ánfora de su veneración y su cariño.

Cartago, febrero 12 de 1902.

R. M. QUESADA

NOTA: El admirable artículo del Profesor don Ramón Matías Quesada, nunca tachado de clerical, nos presenta de cuerpo entero al eximio jesuita Padre España; y ese es el hombre vilipendiado hoy por los sectarios liberales, que nos lo pintan en una grotesca caricatura muriendo con el crucifijo en una mano y el machete en la otra; y lo calumnian al grado de presentarlo como un envenenador en connivencia con los peores enemigos de su Religión! Tanta torpeza en la calumnia, supone a más de odio bestial, la creencia de que los costarricenses somos realmente unos infelices pazguatos que nos tragamos todo lo que se les antoje poner en letra de molde! Nosotros, ante el venerable anciano cargado de méritos, que a los 65 años de edad, marcha de Capellán de las tropas del legítimo Gobierno de Colombia que van a debelar la formidable revolución liberal de 1900 y muere heroicamente en el cumplimiento de su deber, profundamente emocionados le rendimos nuestro más reverente saludo militar, y cartagos leales de pura cepa, le ofrendamos nuestro tributo de admiración y gratitud eternas!—*La Dirección.*

Reparando la gran injusticia

Nº 125

EL CONGRESO CONSTITUCIONAL DE LA REPÚBLICA DE COSTA RICA

Considerando:

1º—Que el artículo 23 de la Constitución Política declara que todo hombre es igual ante la ley, y que el artículo 25 de la misma concede a todos los habitantes de la República el derecho de reunirse pacíficamente con el objeto de ocuparse de sus negocios privados;